

El padre, el compañero de celda, el intelectual rejuvenecido por el 68, el disidente, el autor de cuentos extraordinarios. Los testimonios que conforman este retrato colectivo demuestran que no es necesario simplificar a Revueltas para entender por qué es indispensable.

# REVVUELTA

la leyenda  
inagotable

**CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL**

Conversar con lo que queda del entorno de José Revueltas (1914-1976) y con quienes estudian su obra, para el documental dirigido por Juan Prieto que Clío proyectará en noviembre, fue una experiencia muy distinta a las que viví simultáneamente, haciendo lo mismo pero con el otro par de centenarios del año 14, Octavio Paz y Efraín Huerta. Paz, visto desde *Letras Libres*, es de casa y universal. De un clásico puede decirse que es aquel de quien todos nos sentimos autorizados a hablar, como ocurrió en las conversaciones sobre Paz. En cambio, Efraín Huerta, resguardado por una familia fiel, es el más familiar de los tres: tanto los de su sangre como sus lectores-estudiosos (la mayoría muy jóvenes para haberlo conocido) se refieren a él como Efraín y no suenan ni impostados ni confianzudos. Es sintético y es real como un poemínimo, Efraín; puede fijarse, como ha ocurrido este año en la ciudad de México, en una pantalla comercial callejera, como las profetizadas en *Blade Runner*, desplegada en cualquier paradero de camiones. (En cambio quienes lo conocimos pero le hablábamos de usted, oscilamos, lo he notado, entre el Octavio y el Paz.)

Fotografía: Rogelio Cuellar



A Revueltas, en cambio, casi no me tocó escuchar que lo llamasen Pepe o José (aunque el desconocido propietario anterior de mi primera edición de *Los días terrenales* escribió, con tinta, en la página 85, la siguiente frase: “¿Qué escribiría Pepe el 14 de diciembre de 1991?”, supongo que en referencia a la entonces inminente disolución de la Unión Soviética) sino, de preferencia, José Revueltas, Revueltas. En el nombre no solo lleva la fama, sino la leyenda. Si Huerta es un poeta vivo, Paz un inmortal, Revueltas es una leyenda. Quienes le festejamos ese carácter tememos que la leyenda no nos sobreviva. Cierta esencia difícil de captar, al menos para mí, vuelve muy idiosincráticamente “siglo xx” al autor de *Los errores* (1964). A menudo me pregunto, y se lo pregunté a algunos de los entrevistados, por qué “Revueltas no viaja” —su reputación en el extranjero es escasa y las pocas traducciones de su obra no han corrido con suerte— siendo el novelista mexicano más involucrado con el drama universal de la centuria pasada: el comunismo. “Lo que le hace falta a Revueltas son más lectores jóvenes”, concluye la estudiosa argentina Sonia Adriana Peña.

Como dice Philippe Cheron —quien, junto con la finada Andrea Revueltas, hija del novelista, sin ser su hagiógrafo es el gran conocedor de su obra—, es cierto que muchos de los problemas ideológicos que atormentaron a Revueltas “han envejecido”. Pero la rebeldía asociada al escritor “que rejuvenece con los jóvenes” durante el movimiento estudiantil de 1968 y su desenlace carcelario, como nos lo recuerda la cineasta Marcela Fernández Violante, la comparten miles y miles de jóvenes indignados —con razón o sin ella— a lo largo y ancho del planeta universitario. Y de aquel Revueltas rejuvenecido al guarecerse en un cubículo de la Facultad de Filosofía y Letras, durante el movimiento, algo tiene que decirnos ese iconoclasta profesional que es Luis González de Alba: Revueltas bebía (y mucho) alcohol donde estaba prohibido hacerlo, en una universidad en paro que no solo debía ser honesta sino parecerlo y no se contuvo, el militante teórico, a la hora de abrumar al pragmático Consejo General de Huelga con un rollo sobre Hegel y la democracia cognoscitiva, motivo por el cual, tras sonora rechifla, lo mandaron a volar. El Revueltas de González de Alba (para él sí es Pepe o José) es más cómico que tragicómico, lo cual acaso sea más certero como propuesta de lectura para las nuevas generaciones. Un Revueltas más cercano a Gólgol que a Dostoievski, ¿por qué no?, el que manda a los estudiantes a Paracho no a comprar guitarras sino ametralladoras. O el narrador maravilloso y angélico, como el retratado por su hijo Román Revueltas Retes, violinista y director de orquesta, además de liberal intransigente; es un disidente de la disidencia que emblematicó su padre.

La heterodoxia marxista revueltiana, su condición de santón, estaba condenada a pagar el costo del hundimiento de la ortodoxia de la que dependía y a la cual estaba sometida por el trueque de atributos. A Pablo Gómez Álvarez, compañero de prisión de Revueltas en Lecumberri y después uno de los parlamentarios más constantes de la izquierda mexicana, le parece que quien en 1962 predicaba en el desierto clamando por una cabeza para el proletariado mexicano, era del todo estalinista.

O más bien, muy leninista aquel Revueltas: ¿por qué el proletariado habría de tener solo una cabeza?, se pregunta Gómez Álvarez, en quien, debe decirse, persiste el desprecio del *apparatshik* hacia el novelista disidente. No me extraña: quienes en los tempranos años ochenta pedíamos que Revueltas fuese “rehabilitado” (la de suyo infamante expresión usual desde el “deshielo de Jrushov” alusiva al perdón compasivo de los herejes penitenciados) por el Partido Comunista Mexicano, que lo expulsó dos veces, nos enfrentábamos a la indiferencia de los dirigentes, también impasibles ante la solicitud de Valentín Campa de expulsar post mórtem a Diego Rivera del partido... A la distancia, puede parecer insuficiente la crítica de Revueltas a la ideología soviética. Pero todavía entonces la suya (y no se diga la de Lizalde, su camarada en el PCM y en sucesivas sectas espartaquistas, quien al sobrevivirlo, tabernario y erótico, se hartó de todo aquello) tenía un poder atómico en comparación a las diferencias con “los compañeros soviéticos” musitadas entonces entre los comunistas mexicanos.

Arcaico puede ser el comunismo agónico de Revueltas, como lo son, así vistas, la teología medieval de Dante, el casi ateísmo libertino de Diderot, el catolicismo chestertoniano, el crudísimo antisemitismo de Céline o el liberalismo doceañista de Pérez Galdós. ¿Las ideas políticas profesadas por los escritores se preservan de la obsolescencia gracias al tino, a la complejidad con que ellos lograron encarnarlas novelescamente? Creo que así es. Dudo que se pueda disfrutar (o padecer) la lectura de novelas como *Los días terrenales* (1949) o *Los errores*, ignorando qué fue el marxismo-leninismo para millones de personas durante el siglo pasado. A ese Revueltas, interrogando a David Alfaro Siqueiros sobre por qué quiso liquidar en Coyoacán a Trotski y a su familia, nos remite su amigo y camarada, ese poeta que trae al siglo en un día que es Eduardo Lizalde.

No se olvidará (no la olvidaron ni Pablo Neruda ni Paz, que fueron amigos de ambos hermanos) la devoción de José Revueltas por Silvestre Revueltas, el monstruo tierno de la música mexicana, como nos lo recuerda Álvaro Ruiz Abreu, cuya biografía del novelista se reeditará en estas semanas. Pero acaso el más teatral (en el más puro sentido de la palabra) de los testimonios que me tocó recoger sobre Revueltas sea el de Martín Dozal, el profesor de primaria actualmente jubilado a quien le tocó compartir celda en Lecumberri con el escritor. Tras haber pedido a gritos que el secretario de Educación Pública se fuera del entierro de su amigo y maestro en abril de 1976, Dozal no ha interrumpido su diálogo filosófico y emocional con Revueltas. Autor de un diario privadísimo, quizá uno de los secretos mejor guardados de nuestra literatura, Dozal vive en Iztapalapa en un par de habitaciones que bien podrían ser una reproducción de aquella ergástula compartida en el Palacio Negro, donde se respira no la prisión, sino la libertad revueltiana, la del autor de *El apando* (1969) y de un puñado de cuentos en verdad geniales, el hombre que se atrevió a pedir, apenas leyó *Archipiélago Gulag*, que si el comunismo soviético era lo que contaba Solzhenitsyn, había que proclamarlo urbi et orbi porque solo la verdad era revolucionaria. —



---

# Escribía como un poseso

**ROMÁN REVUELTAS RETES**

---

José Revueltas no fue un padre típico. Lo recuerdo sentado a la mesa del comedor contando sus historias, algunas terroríficas, otras maravillosas. Él era un gran narrador de sucesos, aparte de un gran bebedor. A través de esos episodios percibía yo al hombre atormentado, un ser a quien los horrores del mundo lo sacudían verdaderamente en su interior. Cuando bebía, sus historias se volvían más personales y más tremebundas. Le afloraba toda su vulnerabilidad. Recuerdo el incidente del perro. Ocurrió en las Islas Mariás. A los presos los habían formado delante de algún militar. Un perro no dejaba de ladrar. Pues el tipo ahorcó al animal delante de todos. Una escena espantosa. Y, después de contarla, mi padre se dejaba vencer por el dolor. Bajaba la cabeza, en un gesto de absoluto abatimiento, trémulo, y le empezaban a rodar algunas lágrimas.

Pero fui también el espectador privilegiado de un hombre muy divertido e interesante. Te hipnotizaba, por decirlo de alguna manera. Eso sí, no fue un buen proveedor. Durante años vivimos del dinero de mi madre. Y siempre fue un gran bebedor excepto cuando escribía. Ahí no tomaba una gota y se encerraba a trabajar. Yo escuchaba la máquina de escribir mañana, tarde y noche. Escribía como un poseso.

En casa, nos acomodamos durante algún tiempo a la existencia de los horrores del socialismo real. Luego, mi padre empezó a descubrir que aquel sistema no garantizaba mínimamente la soberanía del individuo, por no hablar de purgas y genocidios. Y él, que siempre fue un contestatario, terminó cuestionando a un sistema que perseguía y negaba el pensamiento crítico. En consecuencia, lo expulsaron del Partido Comunista. Decidió entonces, en plan revolucionario y conspiratorio, fundar la Liga Leninista Espartaco.

Mi padre era un rebelde al que siempre le gustó la compañía de los jóvenes. En el 68 lo detuvieron y le hicieron un juicio tras el cual fue encarcelado en Lecumberri. Ahí llevó a cabo una huelga de hambre que le afectó mucho la salud. Mi madre solía visitarlo y llevarle libros. Lo que desencadenó su divorcio fue lo siguiente: ella iba los miércoles y un día se enteró que los martes mi padre recibía la visita de otra mujer. Fue el punto final. Creo, sin embargo, que mi madre siempre amó a mi padre. En todo caso, conservó una suerte de gran fascinación hacia el artista.

Yo lo veo como un ser absolutamente marginal, una especie de paria permanente. Sé que es un personaje

respetado, sobre todo por la gente de izquierda. Y toda su vida fue un hombre pobre. Nunca fue un interlocutor del poder. También era un personaje peleonero, de golpes. Bronco, bravucón. Ya desde muy joven lo detuvieron, por haber intentado subirse al campanario de la catedral y poner una bandera roja.

A mi padre no le gustaba mucho Carlos Fuentes. Con Octavio Paz había tenido divergencias ideológicas. En su temprana condición de comunista declarado y dogmático, le horrorizaba la pertenencia de Octavio Paz a lo que él llamaba “la derecha”. Decía: “¡No, no, él es de derecha!” En el tema ideológico, me siento más cercano a Paz que a mi propio padre, más cercano al liberalismo que al marxismo ortodoxo.

Revueltas tenía una auténtica devoción por los desposeídos, los que no son nadie, aquellos que de pronto, por alguna circunstancia, afrontan el dolor inexplicable, el horror y la injusticia más “apocalíptica”. Estas cosas lo destruían. Sufría mucho. Era un hombre atormentado que se impresionaba verdaderamente con la realidad del mundo. Recuerdo haberle contado que iba yo en un taxi, una tarde que llovía a cántaros, y que percibí, por la ventanilla, a un perro callejero mojado hasta los huesos y con un aire de supremo desamparo. Mi padre me miró, conmovido y perturbado. Tuve la suerte de haber estado cerca de un personaje sensible y absolutamente fascinante. —

---

## Soldados, no militantes

**EDUARDO LIZALDE**

---

Conocí a Revueltas en un momento en que ya había sido expulsado del Partido Comunista y había entrado como fundador al Partido Popular, después del escándalo de *Los días terrenales*. Cuando Neruda llegó a México en 1949 tachó a Revueltas de existencialista y reaccionario, palabras de las que se arrepintió muchos años después. En sus últimas visitas a México —en 1967— Neruda recibió a Revueltas con grandes abrazos. Fue una reconciliación muy tardía.

Recuerdo que en el Congreso de la Paz, al que asistía Neruda, se presentó un importante libro sobre la pintura mural. Se hizo una gran fiesta en casa de Enrique González Martínez, a la que asistieron Siqueiros y Rivera. No entablamos amistad cercana con Neruda en ese periodo. Pedro Garfias me contó a detalle su enorme disgusto con Neruda por haber perseguido a Revueltas, cosa que no le importó a Neruda, quien continuó en esa línea. En ese encuentro de 1967 Revueltas le dijo: “Pablo, tú eres el más célebre poeta de América Latina y no puedes callar frente a las enormes monstruosidades que están cometiendo nuestros excamaradas en todo el mundo socialista.” Neruda lloró, se conmovió, pero

no hizo grandes declaraciones en ese sentido, aunque algunos poemas de aquella etapa son aquellos en los que dice: “Nos engañaron, no estábamos enterados.” Lo que sucede es que no querían enterarse, como no querían enterarse otros camaradas con los que convivimos en el Partido Comunista. Fue el caso de Siqueiros. Mi abuela vivía frente a la casa de Siqueiros en la calle Querétaro y con cierta frecuencia Revueltas y yo íbamos a hablar con él. En uno de esos encuentros notables —estoy hablando de alrededor de 1959, cuando el partido pasaba por una crisis interna y Revueltas y yo estábamos a punto de ser expulsados— Revueltas le dijo: “David, como tú sabes, Eduardo y yo —que somos los más sensatos, enterados y seguros de nuestro partido— vamos a ser testigos fundamentales para la historia. Por lo tanto te pido que nos cuentes con toda precisión qué sucedió con el intento de asesinato de Trotski, háblanos de todo ese periodo.” Siqueiros se resistió: “Bueno, Pepe, yo no puedo hablar de estas cosas.” Más de una vez quisimos tratar ese problema con él. Cuando Siqueiros cayó en Lecumberri en los años sesenta, lo visitamos muy

a menudo y en una de esas ocasiones Revueltas le dijo: “Maestro, ya sé que usted se ha resistido a hablar del ‘problema Trotski’, pero a mí me gustaría saber su opinión.” Con su respuesta, Siqueiros le dio la razón a Revueltas y a todos los disidentes del marxismo de aquella época: “Bueno, es que no éramos militantes ni había libertad de opinión, de minorías, ni cosa por el estilo. Éramos soldados, había una disciplina vertical como en el ejército.” Eso quería decir que el centralismo democrático y todas esas ficciones que creíamos los marxistas de los años sesenta eran absurdas; lo que había en realidad era una dictadura política y se actuaba bajo órdenes directamente policíacas y militares de la jefatura estaliniana.

Henrique González Casanova me dijo un día: “Ustedes han andado en cosas muy dramáticas y graves, pero nunca expusieron la vida.” Y yo le respondí: “Habría que discutirlo porque estuvimos en medio de represiones muy violentas. En mi caso pude escapar de una de las órdenes de aprehensión que había contra toda la dirigencia. Por pura suerte no acompañé a Revueltas y a Siqueiros en Lecumberri.” —

## Se volvió joven con los jóvenes

MARCELA FERNÁNDEZ VIOLANTE

Revueltas fue el escritor de cabecera de Roberto Gavaldón, tenían una excelente comunicación. Juntos hicieron obras maestras como *El rebozo de Soledad*, *La noche avanza*, *En la palma de tu mano*, *La escondida* (con María Félix en el estelar) y *La diosa arrodillada* (con María Félix y Arturo de Córdova). Igualmente escribió para Luis Buñuel *La ilusión viaja en tranvía*, con el apoyo de Mauricio de la Serna y Juan de la Cabada. En alguna ocasión colaboró con Julio Bracho. Escribió, entre 1944 y 1955 (la “época de oro” del cine mexicano) más de veinticuatro guiones. ¿A qué velocidad escribía? Al mismo tiempo que elaboraba sus guiones, redactaba ensayos en revistas y periódicos, era un hombre que no paraba de trabajar.

A los catorce años lo enviaron a un reclusorio juvenil. Desde entonces era un luchador que soñaba con la justicia social. A los dieciocho lo mandan a las Islas Marías por primera vez. Cuando llega a la mayoría de edad, a los veintiuno, lo envían de nuevo a las Islas, donde convive con los delincuentes del orden común, siendo él un preso político. En las Islas contrae paludismo, lo que lo pone al borde de la muerte. Lo sueltan en Mazatlán para que se muera de hambre. Su madre y toda la familia no sabían dónde estaba. Desde esa época fue un perseguido político. No cedió nunca y entre más presión recibía, más fuerza espiritual desarrollaba.

En uno de sus libros —*En algún valle de lágrimas*— escribió: “Aprende quién eres, concóctete a ti mismo, toma

conciencia, hazte responsable de tus actos.” Nosotros, los seres humanos, estamos aquí para sufrir y solo la toma de conciencia nos revela que nuestro sufrimiento no es semejante al de los animales: sufrimos como seres humanos. Estoy segura de que su gran influencia provino de Dostoievski, un ser generoso pero también un hombre muy torturado.

Cuando se enteró de las “purgas” de Stalin su indignación no tuvo límites, para él un comunista debería poseer integridad, un concepto ético de la vida y, sobre todo, coherencia. Fue entonces cuando se agudizaron sus diferencias con el Partido Comunista Mexicano.

Su prosa, llena de adjetivos, tiene una carga poética, como ocurre con Faulkner (se dice que Faulkner escribía teniendo en una mano a Shakespeare y en la otra a la *Biblia*). Siento que el estilo tan barroco de Faulkner influyó en Revueltas. Más adelante escribió su mejor novela, *Los errores*, que provocó una atmósfera mayor de antagonismo hacia su persona.

El gran creador nunca debe dejar de lado su juventud ni su infancia, porque todo gran creador tiene un niño adentro al que tiene que cuidar, es una parte vital de nuestra propia formación. Revueltas lo entendió, a pesar de que sus relatos son demolidores, tristes y espantosamente dolorosos. Revueltas, que en lo fundamental seguía siendo niño, entendió a los jóvenes y se volvió joven con los jóvenes. —

---

# “Conocí a un tal Revueltas que hizo esto y esto y esto”

**LUIS GONZÁLEZ DE ALBA**

---

La primera vez que lo vi fue cuando lo llevó Roberto Escudero a la Facultad de Filosofía y Letras en 1968. Yo estudiaba Psicología, entonces parte de esa facultad. No me gustó nada que lo llevara; no tuve buena relación con Revueltas. Era miembro de la Coalición de Artistas e Intelectuales que agrupaba a escritores, pintores, actores, directores de teatro afines al movimiento del 68, pero no permaneció allí. Cuando Escudero lo llevó para que se quedara en Filosofía, le dimos un cubículo —quizás el de Xirau—. Revueltas pidió una máquina de escribir y un altero de papeles. Todo el día se la pasaba escribiendo, bebiendo y fumando. Yo me preguntaba: “¿Por qué tenemos dentro de la facultad y haciendo guardias nocturnas, donde está prohibido beber, a un señor, a la mitad de su cincuentena, que se la pasa bebiendo?” El problema no era menor: dile a un señor treinta y tantos años más grande —que además es una gloria de México y una gloria de la izquierda— que no puede beber. Por supuesto que te manda al carajo.

Otra de las cosas que hacía Revueltas era citar cada tres o cuatro días a una reunión ampliada con alumnos de Economía, Ciencias Políticas, Chapingo y algunos de Derecho —es decir los buenos, los que éramos auténticamente de izquierda— para leernos cuartillas de algo que llamaba “democracia cognoscitiva”: un sistema de gobierno basado en Kant, Bujarin, Engels, Marx y, sobre todo, Hegel. Yo no entendía un carajo, aunque otros asistentes decían que era muy bueno.

En casa de Selma Beraud, actriz del teatro universitario, nos quedábamos en ocasiones a dormir en el suelo alfombrado. Una noche, después de la tercera botella de vodka, Pepe contó una historia maravillosa, alucinante, sobre cómo los ángeles bajan a la Tierra y hacen esto y hacen lo otro, pero los tratan muy mal y regresan al Cielo. A su vuelta, esos ángeles llegan diciendo: “Señor Dios, conocí a un tal José Revueltas que me hizo esto y esto y esto. Fue precioso.” Otras veces tenía simples ocurrencias. En una, mientras se acariciaba su larga barba al estilo HỒ Chí Minh, nos propuso: “¿Por



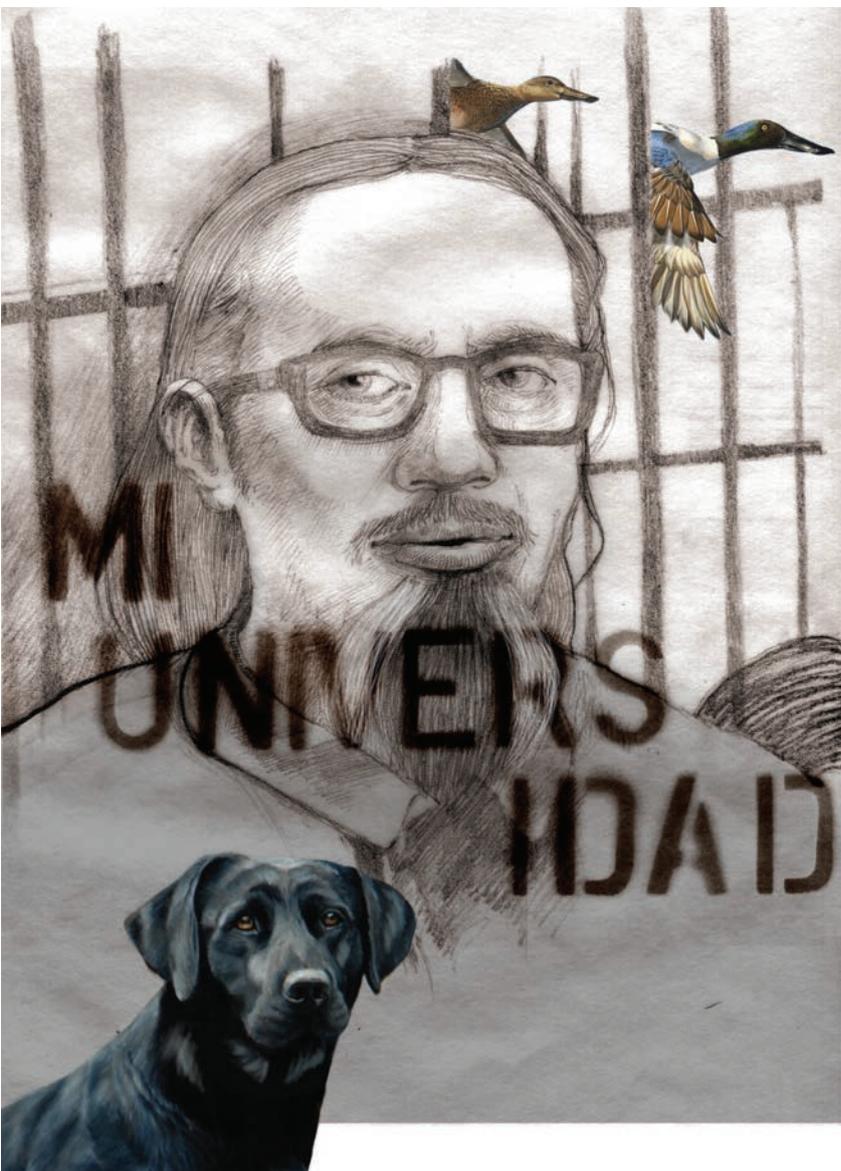
DEMOCRACIA  
COGNOSCITIVA

qué no echamos en todas las fuentes del Distrito Federal polvo de anilina roja para que la Diana y otros monumentos parezcan bañados en sangre?” Nunca lo hicimos porque nadie fue a comprar anilina roja, pero así eran las propuestas de José Revueltas. ¿Quién le iba a decir que no?

Luego Pepe nos hizo otra: en lugar de ir a leer sus trabajos de “democracia cognoscitiva” a Eli de Gortari, Heberto Castillo y otros de su nivel, quiso leer frente a quienes conducíamos el movimiento, que para él eran “los que importaban”. “Quiero hablar ante el CNH (Consejo Nacional de Huelga)”, nos dijo. No se podía, tenía que haber ido a la Coalición de Intelectuales, pero Roberto Escudero y yo hicimos el papelón de pedirles a los compañeros del CNH que, por favor, aceptaran una ponencia del “gran José Revueltas”. El 99 por ciento de los miembros del CNH no había oído ni el nombre, pero insistimos en que se trataba de alguien de mucho peso. Se votó que hablara. Mientras se jalaba sus barbas, Revueltas empezó a leer algo acerca de Hegel y la

dialéctica y quién sabe qué más. Al minuto empezaron los gritos: “¡Cállate, barbas de chivo!”, “¡Abajo!” Se armó un gran revuelo y lo corrieron. Roberto y yo quedamos muy apenados de que hubiesen tratado tan mal a nuestro invitado de honor.

Pero nos hizo otra peor. En Paracho, Michoacán, nos dijo Pepe, además de guitarras y violines, hacían unas metralletas, que él llamaba *anchetas*: “Deberíamos ir comprando ya algunas”, comentó, para la revolución basada en la democracia cognoscitiva. Un comando subversivo salió con una lana —de lo que recogíamos en las manifestaciones— a comprar dos metralletas calibre 22, para enfrentar ¿a quién?, ¿al ejército mexicano?, ¿a la policía? Se fueron dos coches y regresaron con las anchetas y, por supuesto, las recibimos en casa de Selma Beraud. Yo tomé una de las anchetas y le empecé a mover por acá y por allá, cuando de repente saltó un resorte por un lado y nunca más supe dónde iba. No la pudimos armar y, de dos anchetas, solo nos quedó una. —



## Era un payaso a la manera de Tolstói

MARTÍN DOZAL JOTTAR

Por José Revueltas sentí el amor que siente el discípulo por el maestro. Me pedía que lo tratara como a una persona normal, como a un compañero. Me daba a entender: no me mires como maestro, no soy maestro, no soy nada. Todo eso me conmovía. Yo lo atendía, lavaba la celda, la arreglaba. El *Excelsior* era su lectura diaria. Al principio me sorprendieron sus pesadillas. De pronto, en la noche oía que en la cama de junto un hombre estaba bailoteando y aullando. Le agarré los pies, se flexionó y me dijo: “No te preocupes, Martín, eso me sucede siempre.” Eran las pesadillas de un hombre que cargaba un mundo encima. Todo lo hizo a conciencia. Me llamaba la atención que dijera que la cárcel era su universidad, que el gobierno lo habían becado para poder estudiar. Escribió en Lecumberri una obra copiosísima: “El reojo del yo”, *El apando*, “Ezequiel o la matanza de los inocentes”, “Hegel y yo”, su texto sobre la autogestión académica y todo lo relacionado con la “universidad crítica”. Tenía una gran capacidad de trabajo. Sin embargo, estaba débil y más débil quedó con la huelga de hambre. Me enseñó a escuchar, a pensar, sin decirme. Era un hombre muy generoso, en el sentido sartriano. La libertad y el hombre por encima de todo, era su principio

básico. Revueltas todo lo hizo bajo el principio de “todos somos iguales”. Con la misma ternura veía a un maldito que a un criminal, a una puta que a un compañero comunista. Revueltas era un poeta de fuerza increíble, hay que leerlo con ojos de poeta, con ojos de filósofo, de militante comunista. Siempre fue un militante. El Partido Comunista era su madre, su mujer, su amante, su hija, por el partido dejaba todo e iba a cualquier región, hacía cualquier tarea, olvidándose de sí mismo, incluso de la escritura. Desde chico se inclinó por el mundo de los pobres y por ahí fue siempre. Con lo que vio pudo reunir un material humano que le permitió hacerse de una filosofía mexicana extraordinaria. Conocía al pueblo y conocía sus voces, tenía un oído increíble.

Siqueiros le hizo la portada de *En algún valle de lágrimas*. Tenía con él una relación muy fuerte. Siqueiros había sido muy amigo de Fermín Revueltas, juntos habían hecho el Grupo Treinta-Treinta. Diego Rivera le hizo la escenografía para *El cuadrante de la soledad*. A Orozco lo conoció personalmente. Amaba a Orozco. Pero más que los muralistas, le gustaban Agustín Lazo y Julio Castellanos. Cuando muere Siqueiros, Revueltas escribe una carta y un artículo fenomenal, en donde lo retrata como un portento, un volcán.

A Revueltas lo hizo su contacto con el pueblo, con La Merced, los merolicos, los cantantes, los tríos, las putas, los miserables, los indios, a los que amó tanto. Nunca hizo una

obra sobre los indios. Los veía tirados en La Merced, los veía como al indio de *Los errores*. “Pinche indio, qué te propones, tú no tienes palabra.” Amaba esa parte de México que nadie ama, que nadie conoce. Le interesaban mucho los indios, la miseria en que vivían. Fue un hombre que vivió con sencillez, modestamente. Solo contaba con su departamento y nada más. Nunca tuvo una cuenta bancaria ni un auto. Vivía de lo que le daban los amigos. Muchas veces se quedó sin trabajo, sin un peso. Vivió con gran vigor y energía. Parecía un profeta del Antiguo Testamento. Tenía voz de mando en un sentido militar. Era un jesuita en el sentido de la disciplina. Una hora para esto y otra para lo otro.

Era en la vida como un niño aplicado, un niño finalmente. Pudo mantener su infancia viva y eso le permitió tocar aspectos que otros no habían tocado. Fue un niño juguetón, travieso, te hacía reír, te hacía bromas, se ponía a bailar en el jardín. Contaba unos cuentos increíbles sobre ángeles, elefantes, ballenas y leones. Tenía una gran imaginación. Era un payaso a la manera de Tolstói y de Picasso, capaz de ponerse máscaras para entretener a los nietos y a los hijos. Siempre estaba activo y, al mismo tiempo, se daba sus escapes. Era un bebedor dionisiaco, se divertía, cantaba, era feliz. No tenía sentido melodramático. Era una enciclopedia viviente. Me enseñó que cualquier libro te podía dar una enseñanza. Eso cambió mi vida. —

# No fue un crítico importante de la ideología soviética

PABLO GÓMEZ ÁLVAREZ

En Lecumberri José Revueltas y yo estuvimos en crujías distintas. Pero el día de la agresión del primero de enero de 1970 estuvimos juntos. Varios de la crujía C nos metimos en la crujía M cuando vino la agresión. Una multitud de presos comunes pretendía meterse para robarnos lo que teníamos. Lo hicieron, pero además nos golpearon bastante fuerte. Recuerdo la actitud de Revueltas, que fue de los más bravos: les gritaba a los presos comunes y los amenazaba. Otro hecho que nos asombró a todos ocurrió el día de la sentencia. Nos llamaron a un patio pequeño de Lecumberri, nosotros de un lado de la reja y los funcionarios del juzgado del otro. Nos dictaron sentencia de dieciséis años de prisión. En el momento en que leen la sentencia, Revueltas se sube en una banca y comienza a leer un texto escrito a mano: una maldición contra Díaz Ordaz, el verdugo del movimiento, el gran represor de la lucha del 68. Revueltas fue detenido por Gutiérrez Barrios, por órdenes directas de Díaz Ordaz y de Echeverría. Estuvieron interrogándolo durante varios días. Gutiérrez Barrios informó a Echeverría que había confesado. ¿Qué confesó? Que formaba parte de un movimiento de estudiantes y de profesores, que él

participaba en las asambleas de la Facultad de Filosofía y Letras, que daba conferencias, elaboraba planteamientos, hacía propuestas, arengas, convocatorias, es decir, “confesó” lo que hacían muchos otros.

En algún momento los dirigentes del Partido Comunista ven a Revueltas como un adversario ideológico, cuando decide romper con la dirección del partido y escribe *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, que refleja una visión estalinista porque su crítica se centraba en que el Partido Comunista no era la cabeza del proletariado. ¿Por qué tenía que serlo? Se trata de una visión ortodoxa, atribuida a Lenin, pero en realidad bastante estalinista. No obstante creo que en ese texto hacía muchas críticas correctas sobre la dirección del Partido Comunista. En el 68 los miembros del partido ven a Revueltas como un intelectual valiente, bastante conocido, algo que le servía al movimiento.

Revueltas siempre militó en grupos. Salió del Partido Comunista y organizó la Liga Leninista Espartaco. Luego, la Liga Leninista Espartaco se dividió y se transformó en la Liga Comunista Espartaco, que a su vez también se dividió y se volvió la Asociación Revolucionaria Espartaco y el Partido

Revolucionario del Proletariado. Había un espartaquismo amplio, principalmente intelectual, con una gran capacidad de dividirse casi mensualmente... Revueltas siempre perteneció a alguno de esos grupos. En la época en que yo estuve en el Partido Comunista la actividad política de Revueltas no era un tema que se tratara internamente. No había una interlocución con los grupos espartaquistas, no había una polémica bien organizada con ellos.

Yo no creo que Revueltas haya sido un crítico importante de la ideología soviética. Creo que lo intentó, sobre todo al final, con su idea de la "democracia cognoscitiva", algo un

poco metafísico y por lo tanto no marxista: no es una crítica sistemática a la ideología soviética. Era un hombre libre, crítico, aunque su instrumental teórico no era vasto. Es muy difícil dedicarte a escribir ficción y hacerlo bien, y al mismo tiempo estudiar sociología, filosofía y economía, no es sencillo. Revueltas lo hizo, pero él no era un sociólogo. Creo que tiene su mérito porque un intelectual y escritor todo el tiempo debe buscar la provocación con sus planteamientos críticos. También entiendo que en algunas de sus novelas políticas exageraba un poco, planteando cosas siempre en el extremo, ¿pero qué novelista no lo hace? —

# Permanecerá su literatura

PHILIPPE CHERON

La edición que hicimos Andrea Revueltas y yo de las *Obras completas* de Revueltas para ediciones Era, entre 1978 y 1987, fue un trabajo un poco complicado pero muy grato; alcanzó los veintiséis tomos y por desgracia varios volúmenes ya no se encuentran en librerías. A la distancia, es evidente que sus escritos políticos han envejecido, en particular las controversias alrededor de los problemas del marxismo-leninismo.

Lo que sucede con Revueltas es que muchas veces sus textos combinan asuntos políticos e ideológicos con polémicas coyunturales e incluso estudios históricos, muy interesantes pero que se alejan del tema. En su *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, por ejemplo, expone su conocida tesis sobre la inexistencia del Partido Comunista Mexicano, la famosa "cabeza del proletariado", la conciencia; para ello se remonta a hechos históricos como la Independencia, la Revolución, etcétera, y emprende una reivindicación de Flores Magón: el que un escritor comunista reivindicara a un anarquista en los años sesenta (e incluso desde antes) es algo único. Evidencia la gran libertad de pensamiento de Revueltas y hasta qué punto no se dejaba encerrar en la ideología —lo que desde luego le valió la incompreensión y el rechazo.

No menos fascinante es su libro sobre cuestiones de estética, *Cuestionamientos e intenciones*, que inicia con la polémica en torno a su tercera novela, *Los días terrenales*. Revueltas dio a conocer esta novela a fines de 1949 y en ella impugna no solo a la dirigencia del Partido Comunista Mexicano, sino también la práctica y la ideología del mismo. Como era de esperarse, el libro recibió una crítica feroz por parte de sus compañeros del Partido Popular, que había fundado Vicente Lombardo Toledano. Esta controversia llegó a ser muy fuerte, sobre todo después de los artículos que publicaron Enrique Ramírez y Ramírez, un antiguo compañero de juventud, y Antonio Rodríguez, un periodista que juzgó la novela absolutamente escandalosa. Revueltas al

principio resiste, afirma que nada más dice lo que ve, que no "ha conocido ángeles", pero termina por ceder y retira su novela, que tuvo que esperar hasta 1967 para ser reeditada. En el fondo sabe que tiene razón, pero se encuentra por completo aislado frente a todos sus compañeros (incluso Pablo Neruda, quien fue el primero en atacarlo). Entre 1950 y 1957, aplastado por esas críticas, Revueltas casi no publica literatura; busca entender y para eso comienza a estudiar los problemas literarios y de estética y a escribir muchos textos sobre este tema. Esos textos se encontraban casi todos inéditos hasta que los recopilamos bajo el título de *Cuestionamientos e intenciones*. En el libro puede leerse toda la polémica de los años cincuenta, las respuestas del propio Revueltas, sus notas manuscritas al calce del artículo de Ramírez y Ramírez, etcétera. En 1956, el xx Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética emprende su crítica a Stalin y el estalinismo, apertura ideológica que le permite por fin expresar su rechazo al realismo socialista. Por cierto, creo haber demostrado en mi ensayo *El árbol de oro* (reeditado este año por el FCE) que en sus inicios literarios Revueltas se ubicó de manera espontánea del lado de un realismo crítico, totalmente opuesto al llamado realismo socialista. Una carta suya de 1938 da fe de su posición.

Lo que mejor se conoce de Revueltas son sus obras literarias y es lo que principalmente va a permanecer. Lo que no implica dejar de lado a lo político, ya que su literatura es política en el mejor sentido de la palabra. Uno de los problemas que experimentan muchos lectores para acercarse a la obra de Revueltas es que, de entrada, su componente ideológico y ensayístico provoca recelo o de plano aversión. Cruel paradoja: su novelística fue ninguneada en aquellos tiempos por la derecha porque era comunista y por la izquierda porque se atrevía a criticar, y en la actualidad es poco leída a causa de una ideología que ha caducado... Cuando lo importante, además de su enorme valor literario, es esa crítica, siempre actual y necesaria para luchar contra la petrificación.

Para entrar al universo de Revueltas, yo aconsejaría empezar por los cuentos, sobre todo los de *Dormir en tierra*, que son los más accesibles, junto con varios relatos de *Dios en la tierra*. También son recomendables los de *Material de los sueños*, y lo mismo puede decirse de la pequeña obra maestra que es *El apando*.

De las novelas, sugeriría *Los muros de agua*: es una obra de principiante que falla un poco por esquematismo,

pero contiene capítulos excepcionales, de gran modernidad y originalidad. La pelea con excrementos en el barco, por ejemplo, está a la altura de un Céline. Y no se puede olvidar *Los días terrenales*, desde luego, para mí su novela cumbre, junto con *Los errores*, aunque esta última tiene el “lastre” de las partes ensayísticas, brillantes y profundísimas pero de difícil lectura. Este año se cumplen cincuenta años de su primera edición y el FCE la va a reeditar junto con un libro de excelentes ensayos que le hacen justicia. —

## Lo que hace falta

SONIA ADRIANA PEÑA

¿Cómo empezar con *Revueltas*? A los lectores que nunca lo han leído les aconsejaría comenzar por el lado de la ficción y olvidarse de la cuestión política. Un buen inicio sería leer *Los errores* como novela negra. Según puede corroborarse en los archivos, su base fue el género policial: el asalto al usurero en La Merced, el personaje de “el enano” y “El Muñeco”, que están tomados de la nota roja; hay recortes de noticias policiales entre los planes de novela, todo revela una primera estructura de novela negra. *Revueltas* inicia el manuscrito en 1958 e incorpora la parte política en 1960, que coincide con su alejamiento del Partido Comunista Mexicano.

Cuando empecé a investigar sobre *Los errores* me sorprendió ser apenas la segunda persona, después de Philippe Cheron, que le pedía a Andrea *Revueltas* los archivos de la novela. Fue estimulante entrar en contacto directo con las cartas y los recortes de diarios que *Revueltas* tomaba en cuenta para armar sus personajes: en algunos casos, recortaba fotos de la página de sociales de mujeres a punto de casarse y escribía debajo, por ejemplo, “esposa de Olegario, Gabriela”, que en la novela es quien le lleva las seguetas al marido para que escape de la cárcel.

Lo que le hace falta a *Revueltas* son más lectores jóvenes. En ese sentido los docentes tenemos la culpa por no incluirlo en los planes de estudio, a veces por prejuicios. También me parece indispensable estudiar más su legado filosófico, político, literario, cinematográfico, ensayístico y teórico, porque se trata de un escritor esencial. Hay muchísimo que discutir sobre José *Revueltas* además de su obra literaria, por ejemplo, su vertiente cinematográfica y pictórica, porque en su obra hay una fuerte presencia de la pintura. No se ha estudiado a fondo qué hizo en Cuba en la misma época en que estaba escribiendo *Los errores*. Nadie se ha ocupado de eso, ¿qué dejó, en qué trabajó, hay archivos? Tampoco se sabe mucho de la labor de *Revueltas* en Mérida, cuando fue enviado por el Partido Comunista. En fin, hay muchas cosas por hacer. —

# 100 AÑOS

## José Revueltas

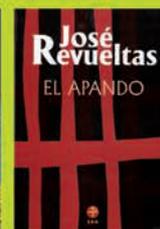
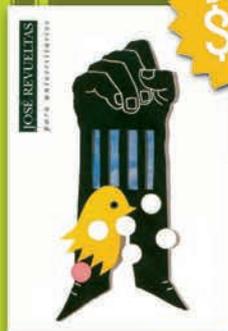


Los actos profundos son esa parte de la memoria que no acepta el recuerdo

Fragmento de *Hegel y yo...*

DE VENTA EN  
LIBRERÍAS EDUCAL

DE/DE  
\$15



### #LeeDigital

Consulta nuestras promociones compra y descarga en línea en [www.educal.com.mx](http://www.educal.com.mx)



Educational



@LibreriasEducational